

## De la perfidia de las armas: las minas terrestres

Las armas matan y destruyen. Para eso están fabricadas, para utilizarlas en la guerra, en tanto que ésta siga siendo una actividad socialmente provechosa para algunos grupos humanos: los que tienen el poder o los que aspiran a poseerlo por la fuerza. Y vienen matando personas y destruyendo bienes desde los más remotos albores de la humanidad. De cuando en cuando, como sucede ahora con motivo de la conferencia sobre las armas dañinas, sale a la luz pública el horror implícito en ciertos tipos de armas. Y todos nos estremecemos: cien millones de minas terrestres, abandonadas en más de medio centenar de países, esperan a que una víctima inocente las pise. Los niños inválidos, las mujeres mutiladas, los campesinos que se juegan la vida volviendo a cultivar campos que fueron frentes de batalla, son las víctimas que ahora movilizan a la opinión pública contra el uso de las minas terrestres contra personal. Ese es el panorama que ahora se nos presenta. Pero hay que intentar ir un poco más allá del discurso habitual sobre esta materia, para analizar qué es lo deseable y qué es lo posible para resolver esta difícil cuestión.

Cuando la ballesta hizo su aparición en los campos de batalla europeos, a finales del siglo XIII,

apenas nadie se quejó de que matara con más fuerte impacto y mayor precisión que el arco, aumentando la carnicería bélica. Contra lo que se alzó la voz de los poderosos fue contra el hecho de que, con esta arma, el villano, el soldado de a pie que no podía costearse el equipo de un combatiente de caballería pesada, podía matar desde lejos y sin arriesgar demasiado, al caballero que contra él cargaba. Hasta la Iglesia la condenó porque violaba algunas de las leyes implícitas del honor en la guerra, donde los señores mostraban su valor y arrostraban peligros sin cuento, a fin de poder luego justificar los sustanciales beneficios que el sistema feudal les reportaba. Nadie, al parecer, se hubiera quejado de que con ballestas se aniquilara con facilidad a los soldados plebeyos del enemigo. Era sólo porque se mataba a los nobles caballeros sin dar lugar al glorioso combate a caballo cuerpo a cuerpo, por lo que la ballesta inicialmente pasó a ser considerada arma reprochable.

Pues bien, ahora nadie se ha quejado de que las minas vengán matando soldados a millares desde que hicieron su aparición en el campo de batalla en la Primera Guerra Mundial. A las horribles carnicerías de las irracionales ofensivas que en esta contienda se

desencadenaron, contribuyeron las minas tanto como las ametralladoras, otra arma que entonces alcanzó la cúspide de la fama. Pero no parecía necesario destacar a las minas como elementos especialmente dañinos, dada la descomunal magnitud aniquiladora que la guerra mostró por primera vez en la historia. Por otra parte, nadie se ha mostrado tampoco indignado porque las minas contracarro hagan volar un vehículo acorazado con todo lo que lleva dentro: gajes del oficio, se piensa. Es tener por natural que el soldado, por el mero hecho de serlo y combatir, está expuesto a todos los riesgos de la guerra, y el que las minas representan no es siquiera el más grave. Más aún: durante largo tiempo han sido tenidas como armas relativamente ventajosas: son baratas, al alcance de cualquier país y, sobre todo, son *armas defensivas*. Con minas terrestres no se puede agredir, el ejército que las posee no representa peligro para los vecinos ni tiene capacidad de desestabilización de la zona geopolítica. Carros de combate, aviones, portaaviones o submarinos son, por el contrario, elementos agresivos. Las minas sólo presentan un problema técnico a los ejércitos que quieran atacar y hayan de afrontar los campos de minas defensivos que el agredido establece para protegerse. Hasta aquí, nada extraño dentro de lo que ha venido siendo el discurso del armamento de guerra.

Las minas sólo han mostrado

su horror cuando matan inocentes que nada han tenido que ver con la guerra. Este es el planteamiento actual de la cuestión: no es un soldado despedazado por una mina sino un campesino sin piernas o un niño mutilado la imagen que hoy nos conmueve. Y con razón. Las guerras siempre han matado *a posteriori*. Todavía se desenterrar en campos y ciudades españolas proyectiles que fueron disparados durante nuestra guerra civil y que no hacen explosión porque la carga que contienen ha perdido sus propiedades químicas con el paso del tiempo. Pero las minas terrestres, por su ingente abundancia numérica, representa un peligro enorme para muchas poblaciones del mundo. Así pues, lo que realmente se plantea es la legítima aspiración a que las minas no puedan matar *después de concluido el conflicto en el que se utilizaron*. La ballesta se siguió usando en combate a pesar de la prohibición de la Iglesia, porque representaba un eslabón en la lógica de la guerra. De modo análogo, las minas terrestres, lamentablemente, se seguirán utilizando porque cumplen una función en la que ningún otro elemento, por ahora, las puede sustituir. La cuestión consiste en que *se elimine su efecto retardado*. Que sólo puedan matar mientras dura el conflicto y a quienes en él toman parte activa.

Esto implica que, al igual que todas las demás armas, las minas también pueden matar población civil. La proporción de civiles a

militares muertos en guerra ha ido creciendo espectacularmente desde la Primera Guerra Mundial, por lo que el hecho de que las minas maten civiles en la guerra es algo inevitable. Pero, concluido el conflicto bélico, del mismo modo que no se disparan misiles ni atacan las unidades acorazadas o bombardea la aviación, las minas terrestres *han de dejar de matar*. Este es un verdadero objetivo posible al que deben tender los esfuerzos de la humanidad.

Así que se trata de una cuestión técnica. Porque el aspecto moral y ético, muy importante en este caso, no debería hacer distinciones entre las minas y otras armas: todas, o gran parte de ellas, matan y destruyen con violencia, con alevosía, en modo desmedido y desproporcionado, y en realidad casi todo el armamento moderno cabe bajo el epígrafe literal de "armas que pueden considerarse excesivamente dañinas o de efectos indiscriminados", que es el que concierne a la convención que estos días preocupa de las minas terrestres. ¿Qué tratado o conferencia ha prohibido el empleo de las armas nucleares? ¿Es porque las grandes potencias las poseen? Ya estamos, una vez más, ante la lógica del caballero acorazado y el villano armado de ballesta. Si el caballero hubiera podido utilizar la ballesta, los poderes de entonces, probablemente, no la habrían anatematizado.

Y la cuestión técnica puede abordarse desde muchos planos.

Los campos de minas deben estar registrados, cuando se utilizan en acciones de guerra, para poder ser señalizados y desactivados después. Del mismo modo que las armas abandonan el campo de batalla, concluida ésta, las minas también deben desaparecer. La construcción de estos artefactos, por otro lado, admite sistemas de desactivación automática, aunque esto los encarezca. Dado, además, que la mayoría de los países fabricantes de armamento pertenecen a un mundo tecnológicamente desarrollado es posible acabar, de modo técnico, con ese efecto *a posteriori* que es el que realmente hace aborrecible este tipo de armas. Parece absurdo ser capaces de examinar la superficie de Júpiter y no poder desactivar unos simples artefactos de muerte esparcidos sobre la superficie de nuestro ensangrentado planeta.

Es evidente que todo lo anterior no debe tenerse como una loa de las minas terrestres ni como una reprobación de los esfuerzos para evitar que éstas sigan matando. Se trata, por el contrario, de arrojar luz sobre una cuestión en la que el apasionamiento y la razonable indignación por los terribles efectos que las minas producen, pueden llevar a personas bienintencionadas a exigir lo imposible. Por lo demás, resulta hipócrita olvidar que un mundo que sigue recurriendo a la violencia armada de la guerra para resolver sus conflictos, pueda dedicar esfuerzos a proscribir un cierto tipo

de armas, sólo porque mata demasiados inocentes, y siga considerando importante mantener y perfeccionar el armamento nuclear que, de ser utilizado, podría

acabar muy pronto con toda la humanidad: culpables e inocentes a la vez. ☹

*Alberto Piris*